



SUMARIO

UN PEQUEÑO REPORTER

Sección vermouth.

MINGO REVULGO

Más grande que Alá

EDUARDO ZAMACOIS

La opinión ajena]

FERNANDO AMADO

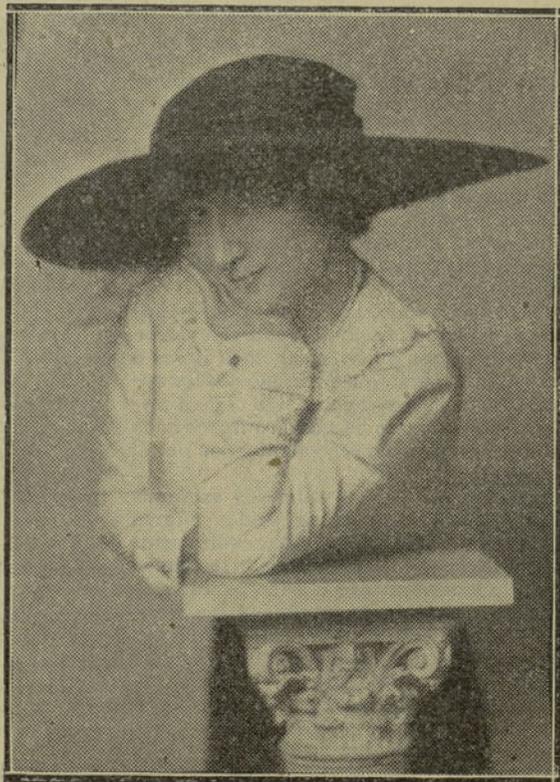
Un favor

JOSE MARIA PORTELA

¡Piscis!

TOVAR . Y DEMETRIO

Varios dibujos y retrato de
Ivonne de Fleuriel.



IVONNE DE FLEURIEL

Canzonetista que realiza una brillante «tournee» por España

Biblioteca Regional de Madrid

5 cénts.

SECCION VERMOUTH

No restablecimos la procesión cívico-religiosa del 2 de Mayo, pero sí exhumamos la no menos tradicional costumbre de la Cruz del 3 de Mayo. Total, que dejamos en paz á las víctimas del año 8, y sacrificamos á las de 1913, porque de lo que se trata es de que con el pretexto de aquella fiesta de la manolera femenina, se de hoy á los madrileños una de sablazos que ni en una manifestación de estudiantes.

Y no es que yo, ¡libreme el cielo! pretenda censurar esta humanitaria combinación, cuyo objeto es redimir á los tísicos, construyendo con los productos de la cuestación que se haga hoy en Madrid, un sanatorio en plena sierra; todo lo contrario. Los ignacianos sostienen el principio de que «el fin justifica los medios» y si la finalidad es tan altruista, no censuraremos el procedimiento que se emplea para llevarla á feliz término.

Después de todo, hoy se va á dar la boquita película del mundo al revés, en vez de ser los hombres quienes echemos flores á las mujeres, serán ellas las que nos las coloquen á nosotros, y como nos coge á primeros de mes, que hay dinero fresco, nos vamos á hinchar de ser galanteados por el sexo débil.

Ya sabemos que en todas las esquinas de más circulación habrá sendos altares con adornadas cruces entre las cuales estarán lindas mujeres ataviadas con la clásica mantilla y el no menos clásico pañolón de Manila, dispuestas á asaltar á las transeuntes, haciendo de floristas espontáneas en beneficio de la colecta pública «pro los tuberculosos», como ahora dicen que se dice, porque ya habrán ustedes notado que por todas partes nos sueltan el pro. Somos una enormidad de pro líficos de la tal palabrita.

Desde la princesa altiva, á la modesta chica del barrio, se han ofrecido á estar en el día de hoy en las esquinas de la Villa coronada, lo más escogidito de nuestro mujerío, ofreciendo sus perfumadas rosas y sus lindos capullos, á cambio de las mo-

nedas que queramos depositar en las escarcelas como óbolo de caridad para los pobres enfermos del terrible mal.

Lo que hay que temer es la expansión

EN LA SOIRÉ



—Señor duque, su hijo y mi hija se han ido al fondo del jardín.

—Señora marquesa, dejémosles. Lo lamentable es que ya no nos podemos ir nosotros.

colonial de algunos donantes, que por tres ó cuatro perras gordas bien administradas se considerarán con derecho á verter en el oído de las hermosas postulantes frases de esas que le ponen los pelos de punta á un vigilante de alcantarillas, y menos mal si se contentan con el libre manejo de la len-

gua y no pasan al capítulo de ejercicios prácticos.

Porque los hay que creen que todo el monte es orégano y se ponen terribles hasta con la propia Cibele en cuanto tienen á su alcance unas protuberancias corpóreas de esas que quitan el hipo.

Yo, que afortunadamente soy un menor de edad en eso de los atrevimientos, pro-

RECORDANDO AL DIFUNTO



—¡Qué bueno era, y qué conducta más recta la suya! ¡Qué recta!

meto recorrer hoy las esquinas con el candor propio de mi temperamento, resuelto á dejar que hagan de mí lo que quieran, aunque no sean de las de mi tipo. ¡Un día, es un día; qué requetedemonio!

Pero ya verán ustedes cómo no todos son de la misma candorosa opinión, y se dedican al dulce magreo, lo cual que puede dar lugar á que los magreados resulten ellos por obra y gracia de algún guardia urbano, que para algo se les aplica á la Urbanidad pública.

El único inconveniente que le encuentro á la tan simpática fiesta de hoy, es que si da, como se espera, excelentes resultados económicos, vengán en seguida las viles imitaciones, porque aquí nos pasamos la vida copiando, y con fines bastardos, cada lunes y cada martes, haya quienes en las esquinas nos ofrezcan sus flores más ó menos aromáticas.

Y á lo mejor resultará que debajo de un pañolón de Manila y de una mantilla madrileña, hay un padre de familia con cinco hijos y suegra, que hay casos de aberración verdaderamente inconcebibles.

Un pequeño reporter.

Más grande que Alá

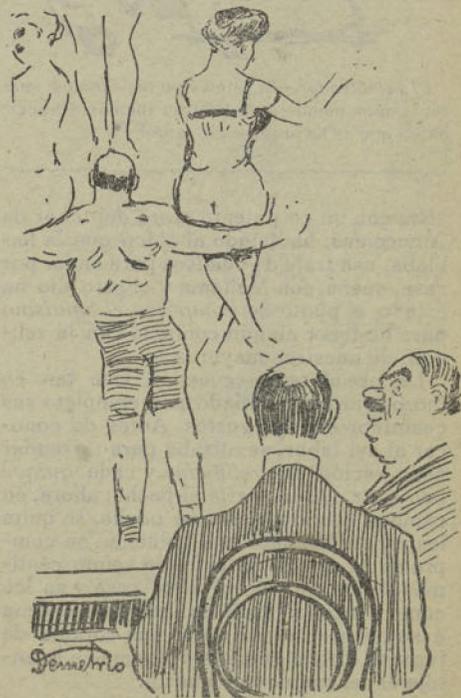
Los moritos de los diferentes tabores africanos han dejado profundas é indelebles huellas de su estancia en Madrid.

Por lo pronto, ya andan por ahí varias ciudadanas ojerosas, lacias é inapetentes, que se pasan el día con los ojos en blanco dando suspiros, deshaciéndose en zalemas y pidiendo á todas horas raciones de alcuzcuz.

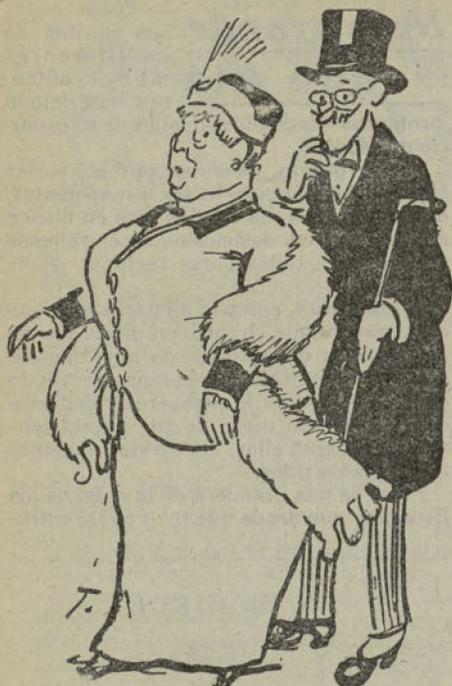
Y, claro está, como el alcuzcuz no tiene entre nosotros la circulación de las aceitunas rellenas de anchoas, de aquí que anden las susodichas ciudadanas lanzando ayes completamente bereberes y dedicando recuerdos al moro de sus pensamientos, que, según ellas, las servían raciones bastantes corridas...

Yo sé de una prendera de la calle de los Estudios, que desde que tuvo cierta entre-

EN EL CIRCO



—Pues eso no es nada, hay noches que además de ellas se carga á los mozos del circo.



El galanteador.—Si usted y yo tuviésemos cuarenta años menos ¡qué locuras íbamos á hacer, ahora que se ha progresado tanto!

vista con un corpulento moro del tabor de Alhucemas, ha dejado al chico que la hablaba, usa traje de odalisca para andar por casa, sueña con Mahoma y el otro día ha estado á punto de romperse el bautismo para no tener ningún contacto con la religión de nuestros mayores.

La prendera en cuestión vive tan en moro, que ha cambiado por completo sus costumbres y sus gustos. Antes de conocer al del tabor, se atizaba para merendar cada ración de *gallinejas* y cada *quince con seltz* que se partía el pecho; ahora, en cambio, cuando el sol se oculta, se quita las zapatillas, hace una ablución, se compra en la tienda de enfrente veinte céntimos de dátils, vuelve á su casa y se los come puesta en cuclillas, mientras ordena á su hermanito que toque una corneta de juguete, toque que á la prendera se le antoja el del cuerno del muezín.

Al día siguiente de su entrevista con el moro, la prendera—que se hace llamar Zulima entre sus familiares—se puso al habla

con su novio, un chico tornero de la Cacería del Rastro, y le dijo así:

—Mira, Valentín; es preciso que terminemos.

—Chica, me dejas frío... ¿Que terminemos?... ¿Por qué?

—¡Las cosas!... ¿Tú eres hijo de Alá?... ¿Tú te has enterao del Corám?... ¿Tu tiés gumia?... ¿Tú sabes correr la pólvora?... ¡Pues yo quiero correrla!

—Bueno, la correremos; pero aguárdate al sábado, que estoy yo más *desocupao*.

—No *pué* ser. Tú y yo somos incompatibles. Eso es lo que hay.

—¿Qué va á ser eso?... ¡Lo que hay es que tú eres una veleta!... ¡Lo que es que te ha vuelto loca ese moro que vino aquí á traer una carta del hijo de la *señá* Casiana la cambiantal!

—¡Músicas!

—¡Si lo sé!... ¡Si te han visto con él en el *cine* de la Encamienda!... ¡Si yo sé que tú, entre película y película, te agarrabas á la chilaba del moro y él te hacía cosquillas con el albornoz!

—¡Bueno!... ¡Hemos *acabao*!...

Y la prendera hizo un gesto completa-



El.—Confíe usted en mi discreción, mi lengua no se moverá, ¡se lo juro!

Ella.—¡Hombre, yo no pido ese sacrificio, mueva usted la lengua pero no lo cuente!

TOILETTES PARA EL PRÓXIMO VERANO'



Elegantes trajes de mañana para madre é hija. Si en la confección resultasen cortos, el de la mamá admite más de una cuarta por delante y por detrás; el de la niña con un dedo tiene bastante.

mente berebere y dejó á su prometido con un palmo de narices.

Desde el día siguiente, la prendera y el moro se veían todas las noches ora en la calle, ora en casa de ella, ora en las inmediaciones del campamento de Carabanchel.

Las vecinas, curiosas é indiscretas, seguían á través de los visillos todos los incidentes de estas misteriosas pláticas.

Una noche, la noche antes de marcharse el tabor, las vecinas oyeron en el cuarto de la prendera ciertos suspiros morunos y ciertos piropos dichos en árabe vulgar. Después respiraciones fatigosas... chirri-

dos de muelles... luego, nada; silencio sepulcral...

Ya de madrugada, sigilosamente, se abrió la puerta del cuarto de la prendera: y de la oscuridad surgió el moro, que procurando no ser visto ni oído se deslizó por la escalera...

Y las indiscretas vecinas pudieron observar un saliente puntiagudo en la delantera de la chilaba, saliente que de fijo era la gümia ó cualquier artefacto por el estilo.

A la mañana siguiente salió la prendera á comprar, pero no salió tan risueña como de costumbre. Y una vecina cariñosa, no sabemos si con indignación ó con envidia, pero sí con cierto retintín la dijo:

—Buenos días, vecina; ¿se ha dormido poco, eh?

—¡Alá es grande!—contestó haciendo una zalema la prendera.

—Ya lo creo que es grande—replicó la intrusa;—y luego, acordándose del saliente de la chilaba del moro, agregó:

—Pero hay algo más grande que Alá... ¡Palabra!...

Mingo Revulgo.



—Caramba, señor Gómez ¿ya le han colocado á usted «la flor de la tuberculosis?»

—Y ¡si no fuese porque al verme sin ella repetirían el sablazo, con mucho gusto se la colocaría yo á la niña en este mismo momento.

La opinión ajena (1) Aquella tarde la dedicó Perea á visitar los grandiosos mercados centrales. A las cinco bajo su impermeable y su paraguas de algodón, emprendió el regreso hacia el café del bulevar donde acostumbra á beber su aperitivo. Llovía copiosamente y la neblina, esa encantadora



—La mayor desgracia es ser cocinera de un solterón. ¡Pues no me ha dicho que sé hacer pocas variaciones con el tomate!...

neblina de París que tanto embellece á las mujeres, emborronaba los edificios y suspendía halos de similor ante los escaparates iluminados de los comercios. D. Higinio seguía la calle Montmartre; iba cansado, salpicado de barro, empujado á cada momento por la muchedumbre.

(1) Nuestro amigo y maestro Eduardo Zamacois, ha puesto á la venta con este título una nueva novela, que es una maravilla de estilo y de intención. He aquí uno de sus capítulos.

En la esquina de la calle Croissant alcanzó á una joven «de la casa llana»: rubia, los ojos azules, la nariz respingueña, la boca cínica y alegre como una pirueta de café-concierto, el seno redondo, las caderas apretadas y movedizas. Al sentir sobre la blanchura de su nuca el cálido aliento de D. Higinio, la muchacha volvió la cabeza: una cabecita pequeña, insolente, bajo la sombra de su *canotier* rojo.

—¡Me había usted asustado! —dijo.

Perea sonrió sosamente y no halló en su exiguo vocabulario francés palabra oportuna que replicar. Ella continuó:

—¿Extranjero? ¿Es usted extranjero?

—Sí.

—¿Español?

—Sí.

—Me gustan los españoles. Yo tuve un amigo de Bayona, del Mediodía... ¿Me paga usted un bock?...

Se agarró á su brazo, volviéndose hacia él para hablar, de modo que la pomposidad juvenil de su seno rozase la mano que D. Higinio llevaba recogida á la altura del pecho sosteniendo el paraguas. Ella había cerrado el suyo. Vestía de negro. Era una legítima hija del bulevar: lagotera, parlanchina, deseable, impúdica y cencil.

Prosiguió:

—¿Le gusto á usted?... ¿Sí? Lo más feo de mi persona es la cara: soy chatilla; mis ojos son graciosos, pero pequeños... El cuerpo, en cambio, es bueno; me lo han dicho muchos artistas. ¿Quiere usted verlo?... Espere usted un momento. Voy á enseñarle una fotografía que me hicieron desnuda.

Se iba con frivolidad de pájaro. D. Higinio la retuvo.

—¿Dónde vas?

—A buscar mi retrato. Yo vivo aquí mismo, en la calle Croissant. Vuelvo en seguida...

Y escapó. Perea quedóse en medio de la acera, no sabiendo si aguardar á la moza ó seguir su camino. Ella reapareció pronto: llegaba riendo, brincando, con una alegría que evocaba recuerdos de colegio.

—¡Vea usted!...

D. Higinio miró, mientras sus ásperos bigotes disimulaban una mueca faunesca de los labios. En aquel retrato la joven aparecía de perfil, las piernas juntas y los brazos en alto. Estaba bien: ni delgada ni gruesa; el seno en su sitio. ¡Muy bien!... El inflamable manchego sonreía gozoso; aquella imagen desvergonzada había sido una especie de toque de rebato para sus

castigados deseos. Algo abrasador, quemante como un vaho de horno, le rozó la espalda. Los ojos duchos de la aventurera leyeron de corrido en la abochornada frente y las extraviadas pupilas de su interlocutor. Comprendió que debía ganar tiem-



(Leyendo).—«Ha terminado el Congreso de guardadores de Zaragoza». Si lo sé acudo para enseñar á los congresistas lo que es trabajar en cuers.

po: no siempre los prólogos son oportunos...

—Entonces—dijo—no bebamos cerveza. ¿Quiere usted?... Yo conozco aquí, en la calle Paul-Lelong, un hotel donde estaremos tranquilos.

Don Higinio, alucinado, sintiendo agolparse á su cuello toda su sangre, preguntó maquinalmente:

—¿Es casa de confianza?

—¡Oh, ya lo creo! No tenga usted miedo. Yo voy mucho allí.

Caminó tras ella diligente, sin cansancio, sin frío, con un ahínco para el que todos los caminos eran cuesta abajo. Doblaron la esquina de la calle de Paul-Lelong. Sobre una puerta leyó don Higinio: «Hotel amueblado».

—Aquí es—dijo ella.

Y entraron. En la portería un señor grueso, de cara afeitada y monacal, les dió una llave.

—Buenas tardes, señorita Leopoldina. Habitación número quince; ya sabe usted, en el piso segundo...

Subieron presurosos una escalera de ca-

racol, cubierta por una alfombra verde, muy raída y manchada de gotas de cera. Trespusieron un pasillo obscuro, impregnado de ese aire tibio, oliente á perfume y á carne, de las alcobas; abrieron la puerta de un cuarto tapizado de rojo, donde había un lecho dorado, un lavabo, un armario de luna...

La señorita Leopoldina arremetió á Pe-re-a, cubriéndole los redondos carrillos de bulliciosos besos.

—Te voy á querer mucho—repetía—, mucho: eres muy guapo. Mira, yo soy así: una loca... Mis amigas lo dicen: una loca; en seguida me enamoro. Cuando regreses á España tendrás que llevarme.

Y en seguida.

—¿Llevas navaja?...

El galán sintió; hizo un signo afirmativo. No llevaba navaja, precisamente, pero sí un cuchillo; el famoso cuchillo de man-



El marido.—¡Pero mujer, no te remangues tanto por un charquito tan insignificante!

Ella.—¡No seas imbécil! ¿Cuándo has visto tú que una mujer se remangue por una cosa insignificante?

go negro y hoja triangular con que una noche asombró al intérprete del hotel de los Alpes. Desde que estaba en París, siempre, para salir á la calle, se lo ponía atrás, entre el pantalón y la faja, según la usanza marinera, y más por afición á lo heroico y decorativo que porque hubiese reflexionado nunca seriamente en la posibilidad de agredir á nadie. Leopoldina vol-

ba abrochándose el chaleco, cuando recordó que no llevaba dinero en plata ni en oro. Sólo tenía un billete de cien francos.

—Yo lo cambiaré—dijo ella—. ¿Cuánto he de devolverte?

Don Higinio, que empezaba á sentirse enamorado de la francesa, fué generoso.

—Dame la mitad.

Cambiaron un beso, el último, sobre los labios, y empezaron á bajar la escalera, cuyos peldaños en espiral daban la sensación de un remolino. La señorita Leopoldina, muy pizpireta, muy saltarina, bajo su sombrerito rojo, iba delante. Silbaba una canción. De pronto, al salir á la calle, echó á correr velozmente con un rapidísimo arranque de corza. Don Higinio la vió alejarse, esfumarse casi entre la niebla á través de la indescriptible baráunda de peatones y de coches, y lanzóse tras ella. Había comprendido que intentaban robarle. Al llegar á la calle Montmartre, la señorita Leopoldina se sintió trabada por un brazo. A su lado Perea, los ojos furiosos y los rudos bigotes mojados por la lluvia, estaba imponente.

—Suelta mi dinero, ladrona.

—¿Qué dinero?

—Mi billete de cien francos. Devuélvemelo ó te rompo un hueso.

Ella empezó á gritar, en tanto miraba á los transeuntes, implorando su simpatía y ayuda.

—¡Suéltame usted!... ¡Yo no le conozco! ¿Qué dinero es ese? Usted no me ha dado dinero ninguno.

Hizo un esfuerzo violentísimo, arqueando las caderas y echando el cuerpo hacia adelante, al mismo tiempo que intentaba morder la mano con que el valeroso manchego la atenazaba. Al fin pudo escapar, esquivándose detrás de un ómnibus. Pero don Higinio volvió á alcanzarla, y esta vez la señorita Leopoldina comenzó á gritar como si la despellejasen.

—¡Socorro, que me matan!...

—Mi dinero—rugía el manchego sin soltar á la chiquilla;—mi dinero ó te estrangulo.

Forcejaban en medio de la calle, sobre el barro, bajo la lluvia, expuestos á ser atropellados por los coches; resbalaba ella, resbalaba él; á don Higinio se le cayó el paraguas. Leopoldina vociferaba impropertadora:

—¡Socorro! ¡Es un «apache»!... ¡Que me matan!...

La muchacha se defendía bien; pero ape-

UN GOLPE DE VIENTO



Ella.—¡Caballero, por Dios, écheme usted una manol

El.—¡Con mucho gusto señorita! ¿pero adónde?

vió á abrazarle; viendo el arma cortante, bruñida, sus ojos chispearon con regocijo ancestral; su alma vagabunda, acostumbrada á los lances violentos, se estremecía...

—Me gustan los hombres valientes—exclamó—. ¡Tú serás mi hombre!...

La señorita Leopoldina supo proporcionar á su amigo dos horas deliciosas: era infatigable, sabia, oportuna... Perea esta-

UN CAPRICHITO



—¡Anda, hombre, afeitate el bigote! ¡No sabes el daño que me haces, quitándome ese gusto!

—Pues, mira, yo creía que el gusto te lo daba precisamente por tenerlo.

nas conseguía librarse de los dedos de su acosador cuando de nuevo caía en su poder. Así luchando y sin atraer mucho la atención del público, en quien el aguacero parecía sosegar la curiosidad, fueron acercándose á un despacho de bebidas situado en la esquina de la calle de Réaumur. Todo el empeño de Leopoldina parecía cifrarse en llegar allí.

—¡Socorro! ¡Es un «apache»—repetía, —un «apache»!... ¡Que me matan! ¡¡Socorro!!...

De súbito la tragicomedia callejera mudó de aspecto y amenazó convertirse en drama. Un mocetón como de treinta años, afeitado y robusto, con traje de pana color tabaco, los pantalones anchos de muslos y muy ceñidos sobre la bota, una boina azul derribada hacia atrás y alrededor del cuello un pañuelo rojo, salió de la taberna y trabando á don Higinio por los cabezones le zarandeó y obligó á soltar su presa.

—¡Eh, buen hombre!—interpeló.—¿Qué es eso?... ¿Qué le sucede?

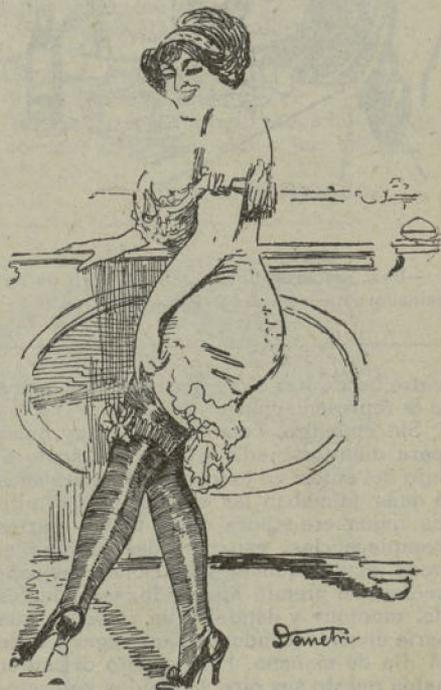
Su acento zumbón, insolente, anunciaba un golpe.

—Me ha robado—repuso Perea algo sorprendido.

—Pues fastidiarse..., ó si le parece... lo que había usted de decirle á ella me lo dice á mí. ¿No le es igual?...

Hablando así, sin soltar las solapas de don Higinio, llevóse la mano hacia atrás, como buscando un arma. Era musculoso, tenía el mirar acerado y sobre su frente pálida caía, como un penacho belicoso, un

mechón de cabellos rizados. La señorita Leopoldina, entretanto, se había refugiado en la taberna. Don Higinio vaciló: en Serranillas, seguramente hubiese andado á bofetadas con aquél pícaro; pero allí, á pesar de su cuchillo, tuvo miedo; miedo á la muerte, al misterio que envolvía todo aquel oscuro mundo de prostitutas y de ladrones; se acordó de los crímenes que había visto en los cinematógrafos, de los «apaches» que saben dar «el golpe del padre



—Querido lector, yo no te digo ningún chiste porque tengo muy mala pata.

Francisco», y, como por ensalmo, sus fuegos de baratería y majeza se apagaron. Comprendiéndolo su contrincante, le volvió la espalda, y Perea mal repuesto aún del susto, permaneció alelado, mirando hacia la taberna donde Leopoldina, de pie ante un grupo de mujeres y hombres, pirueteaba y reía agitando sobre su cabeza, como una bandera, el billete robado.

Eduardo Zamacois

Un favor En el escenario no dejaban entrar á nadie.

La consigna era terminante, porque el juego escénico de la obra aquella era tan complicado, que no permitía la estancia



—Bien, preciosidad; esta primera parte ha terminado; vamos ahora con las otras partes...

entre bastidores de ninguna persona agena á la representación.

Sin embargo, como siempre hay bulas para difuntos, nadie le puso obstáculo al hijo del autor: un jovencito de veinte años á quien mimaban las coristas por ser hijo de quien era y para quien tenían ciertas complacencias, esperanzadas en que el papá, al ver aquellas distinciones, las concediese el premio apetecido, «sacándolas del montón» y dándoles un *papelito* que sería el salvo conducto para llegar á tiple el día de mañana. Pero el hijo del autor había puesto sus ojos lánguidos y apasionados en una segunda tiple encantadora, que, á pesar de ser *segunda*, era la primera, siempre que se trataba de lucir las formas en aquel teatro de segundo orden, adonde el público acudía sólo por el espectáculo de las mallas.

Siempre que la Clotilde salía á escena, él estaba en el bastidor para darse el gusto de charlar con ella un par de minutos y contemplar de cerca toda la exuberancia contenida entre sedas y rasos, y aquel descote majestuoso por el cual hubiera descendido sutilmente si un hada misteriosa le hubiera concedido el don de reducirse lo suficiente para ello.

Clotilde no ponía mala cara al chico, como no se la ponía á nadie, porque sabía muy bien que la ciencia de una mujer de teatro se reduce á sonreír á diestro y siniestro.

Paquito se crecía ante estas demostraciones y llegó á alimentar esperanzas de cierta índole que yo no me permito definir ni calificar.

Por el segundo apunte supo que Clotilde había reñido con su *último* novio, hacía tres días, en virtud de que éste le había negado un imperdible de brillantes expuesto en casa de Ansorena.

Paquito se hizo un plan y lo puso en práctica.

Como hijo de familia, no disponía jamás arriba de un par de pesetas; pero esto no le arredró.

Conocedor de los negocios de su padre, usurpó la personalidad de éste, y con un recibo falsificado logró que un editor le diese 500 pesetas.

¡El problema estaba resuelto!

RENDIRSE A LA EVIDENCIA



Ella.—¿Ve usted maestro cómo esas botas eran pequeñas? ¿Lo está usted viendo?

El zapatero.—Sí señora, tiene usted razón lo estoy viendo.



—Créame ustedes; sentiré mucho que me visitan da largo.

Clotilde recibió la alhaja y se volvió loca de contento. No hay que insistir más en esto.

■

Pero la Fatalidad vela siempre para destrozar los planes de los enamorados.

Y la Fatalidad tomó cuerpo en el editor aquél, que presentó el recibo al padre de Paquito.

Este no tuvo más remedio que pagar antes de consentir que su hijo fuese a presidio por aquella cantidad. Pero la única manera que encontró de castigar al atrevido joven, fué la siguiente. Le llamó y le dijo:

—Me has estafado 500 pesetas y no puedes resarcirme de ellas en metálico. Sin embargo, yo encontraré la manera de cobrármelas. Con arreglo al presupuesto de mi casa, me cuestan diariamente seis reales. Pues bien: desde hoy te reduzco la ración hasta que la economía me produzca los dos mil reales de marras. No comerás al día nada más que jun huevo frito!

Y dicho y hecho. Paquito no pudo obtener indulto del tirano y se pasaba los días condenado á aquella mísera ración por único alimento.

■

El tirano, ó sea el padre, también tenía sus debilidades, á pesar de que ya no estaba para ciertos trotes, y encaprichado por la Clotilde, decidióse á hacer su conquista.

Otras cosas son más difíciles en el mundo que conseguir lo que el padre de Pa-

quito se había propuesto, y una noche, cuando hablaba en el *camerino* muy amaratelado, le endilgó de sopetón una declaración amorosa, hecha, con todo el fuego de una pasión senil.

Clotilde le contempló un instante seria, acordándose de Paquito, á quien seguía *agradecidísima* por el consabido imperdible de brillantes.

Pero sonriendo de pronto, le dijo al aplaudido autor y consejero de la empresa:

—Yo me prestaría á oír de usted esas proposiciones, pero había de ser á cambio de un favor que me hiciese.

—¡Ya lo creo! ¿Un papel de primera triple?

—Nada de eso.

—Pues entonces, ¿qué?

—Que le diese á Paquito todos los días aunque no fuese más que... jun par de huevcs!

Fernando Amado.



Ella.—Sí, no le han engañado á usted. Me separo de mi marido porque no quiero tener más hijos.

El.—¡Pero si los hijos son un fruto de bendición, un encanto, un...!

Ella.—Pero es que yo he tenido ocho, y... pón-gase usted en mi caso.

El.—¡Gracias señora, gracias!

Lea usted el martes

EL LIBRO POPULAR

¡Piscis! No se puede hacer favores a nadie en este mundo.

La ingratitud es un pecado que lleva aparejado en sí la humanidad; y el que se empeña en favorecer a alguien acaba por ser víctima de su favorecido.

De aquí aquello de «cría cuervos...» etérea.

❖

Mi compañero Piscis lleva escritas para el teatro más de cincuenta obras, todas



El.—Lo confieso noblemente, te echaba más años.

Ella.—¡Lo ves hombre! ¿A que ahora me echas menos?

El.—¡Eso desde luego!

ellas con un éxito monumental. (Algunas de ellas las hemos escrito en colaboración; y conste que no lo digo por alabarme sino por rendir tributo a la verdad histórica que es uno de los deberes ineludibles del cronista.)

En virtud de esto, Piscis tiene una personalidad de gran relieve en el teatro por

horas. Los empresarios le halagan, los cómicos le respetan, los críticos le incensan y él... cobra unos trimestres espléndidos. Aquí no cabe censurarle, sino tenerle envidia.

Claro está que un hombre así, ha de verse asediado por todos aquellos que hacen la vida de entre bastidores y que cobran nómina en la contaduría de un teatro.

Sobre todo hay una *clase*, la de las partiquinas, que son las moscas que caen siempre sobre el autor aplaudido como las de la fábula sobre *el panal de rica miel*.

Y eso le ocurrió a Piscis al comenzar la temporada anterior.

Entró en la Zarzuela una partiquina, recomendada a Sicilia y con el *visto bueno* de Vives.

Era una muchachita preciosa: acababa de salir del Conservatorio y cifraba todo su porvenir en llegar a ser primera tiple. Para ello, el procedimiento indispensable es *agarrarse al autor*.

como se agarra el muérdago a la encina.

Y en este caso el muérdago fué la López Rodríguez y la encina mi compañero Piscis.

Sólo que en vez de dar bellotas cuando le sacudía ella, lo que daba era *papelitos* y *papelitos* en todas sus obras, hasta que la López Bermúdez consiguió, al final de la temporada, quedar en la misma primera línea en que figuraban la Ursula López, la Luisa Rodríguez, la Membrives y todas sus demás compañeras.

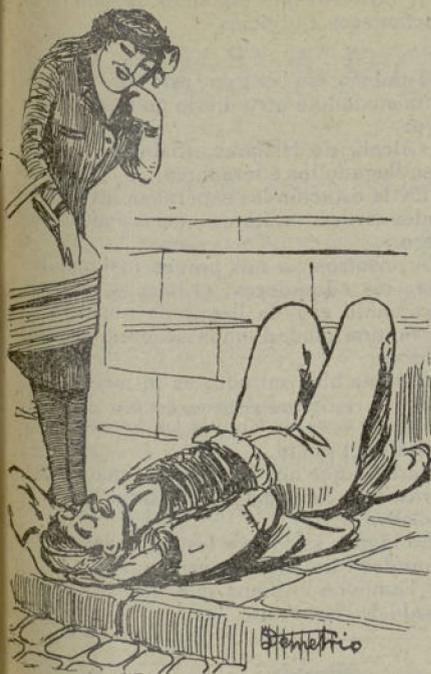
Bien es verdad que, además de aquella protección decidida, la muchacha tenía madera de tiple, aunque ella no era de madera, sino de carne, y de carne muy exquisita.

Piscis puede dar buenos informes y no me dejará mentir.

Pero Piscis es feo; y esto que al primer golpe de vista parecería una incongruencia, es, sin embargo, una determinante de todo lo que ha ocurrido.

La López Bermúdez, al comienzo de esta temporada y con el *cartel ya hecho*, ha querido soltar el estorbo de su protector, y una vez explotado éste, maniobrar, no sólo en el teatro, sino también en su vida íntima, de una manera libre y desembarazada.

¿Qué hacer para ello? No sé quien se lo aconsejaría, pero el hecho fué que se determinó a poner en práctica un plan maquiavélico: escribir un anónimo a la mujer de Piscis, sin avergonzarse de lo que iba a revelar.



—Yo pasaría por encima; ¿pero y si está despierto este tío?

Y efectivamente: la mujer de mi amigo y excolaborador recibió hace pocos días la siguiente carta:

«Señora: un admirador de su marido, celoso de su gloria, que ve comprometida por los devaneos á que le conduce esa tiplecilla á quien él ha sacado de la nada y que se llama la López Bermúdez, la previene á usted del riesgo que corre el porvenir de su esposo entregándose á esas locuras que han de conducirle á un trance fatal. Vigílele, sígale á todas partes, no le deje ni á sol ni á sombra y habrá conseguido salvarle de su ruina, al propio tiempo que usted asegurará la tranquilidad de su hogar.—El segundo apunte.»

La carta produjo el efecto apetecido.

Desde que la temporada ha comenzado, la mujer de Piscis se ha convertido en espía de su marido, y ella, que antes no ponía los pies en la calle, va detrás de él á todas partes.

Piscis lo ha notado, y ante el temor de un escándalo que le comprometa y le ponga en ridículo, no ha vuelto á poner el pie

en Eslava que es donde ella está ventajosamente contratada.

Y ella, ¡bañándose en agua de rosas!

∴

Porque la López Bermúdez, lo que quería era poder entrar en relaciones libremente con el barítono de la compañía, un chico muy guapo que le hizo *tilín* desde el día de su debut.

Y mientras tanto, mi excolaborador... ¡Piscis!

José María Portela

AMIGAS ÍNTIMAS



Una.—Pues sí, chica, al sorprenderme mi marido con Luis, gritó: «¡Ahora no negarás que te he cogido con las manos en la masal!»

La otra.—¿Y, efectivamente, tenías allí las manos?

Lea usted el martes
EN EL LIBRO POPULAR
LA PIEL

Novela de
A. HERNÁNDEZ CATÁ

«**¡Qué cosas pasan!**» Al centro telegráfico de un rotativo matutino y á propósito de una fiesta hípica; le telegrafía su corresponsal en Valladolid lo que textualmente reproducimos:

«Después los alumnos de la Academia



—¡Qué fastidio; cuando no se afloja el corsé, se le caen á una las ligas ó se desatan los zapatos; debíamos usar el traje *hechura sastre* que llevó nuestra madre Eva!

de Caballería corrieron cintas, regalo de las señoritas de la aristocracia. Finalmente, los mismos alumnos hicieron admirables recorridos, con estupendas bajadas á la Italiana.»

¡Hombre, hombre! ¡Conque estupendas! ¡Nada menos que estupendas! Nos imaginamos la cara de satisfacción del corresponsal, cuando relamiéndose de gusto, redactaba el telegramita.

¿Son á la italiana? Pues con haber dicho; «por la grupa» bastaba para que los lectores se diesen cuenta de lo estúpido que debe de ser este ejercicio hípico... que quita el hípico á juzgar por los entusiasmos del corresponsal de Valladolid.

¡Y nosotros que creíamos que allí no se hacían esos ejercicios!

»

También «se las trae» este otro telegramita enviado á otro diario no menos rotativo:

«Alcalá de Henares. (Sábado, noche.) Han llegado los adoradores.

En la estación les esperaban las autoridades civiles, militares y eclesiásticas y el clero.»

A nosotros no nos parece mal que lleguen los adoradores, si bien es un poco escamante eso de llegar de noche, á la cervantina ciudad, unos señores que van á adorar.

Aunque bien mirado, es la mejor hora

«...en que amanece el vicio
y torpes se levantan los deseos»,

que dijo el poeta.

Però lo que nos asombra es que les esperasen en la estación, las autoridades y el clero.

Lo lógico sería que les aguardasen sus adorados tormentos, ¡pero el clero!

¡¡Tampoco creímos que pasase eso en Alcalá de Henares!!



—¡Mala hija, mocososa, indecente! ¿Conque te querías fugar con ese sinvergüenza?

—Però no pensábamos pasar de la calle de la Abada.

NUESTRO CONCURSO

En el presente número publicamos el último cupón para nuestro Concurso de provincias.—La serie de tres dará derecho á un número para el sorteo, y el canje podrá hacerse en provincias en los puestos ó kioscos de nuestros correspondientes, y en Madrid en el kiosco de frente al teatro de Apolo.

El sorteo se celebrará en presencia de la autoridad en el teatro Romea, de Madrid, el martes 6 de Mayo á las 11 de la mañana, y en el número próximo daremos cuenta del número agraciado.

Concurso de las fiestas de San Isidro

CUPÓN NÚMERO

3

La serie de TRES cupones podrá ser canjeada por un número para el sorteo.

En breve el Concurso de LAS PANTORRILLAS

Se publicará en breve

Belmonte, el misterioso

EL TORERO DEL DIA

(SU VIDA Y SU ARTE)

por GOMEZ-HIDALGO

Prólogo de DON MODESTO

Con ilustraciones y portada a tres
tintas de RICARDO MARIN

50 CÉNTIMOS

Lea usted pasado mañana lunes

Crónica del Crimen

PUBLICACION GRAFICA

16 páginas

5 céntimos